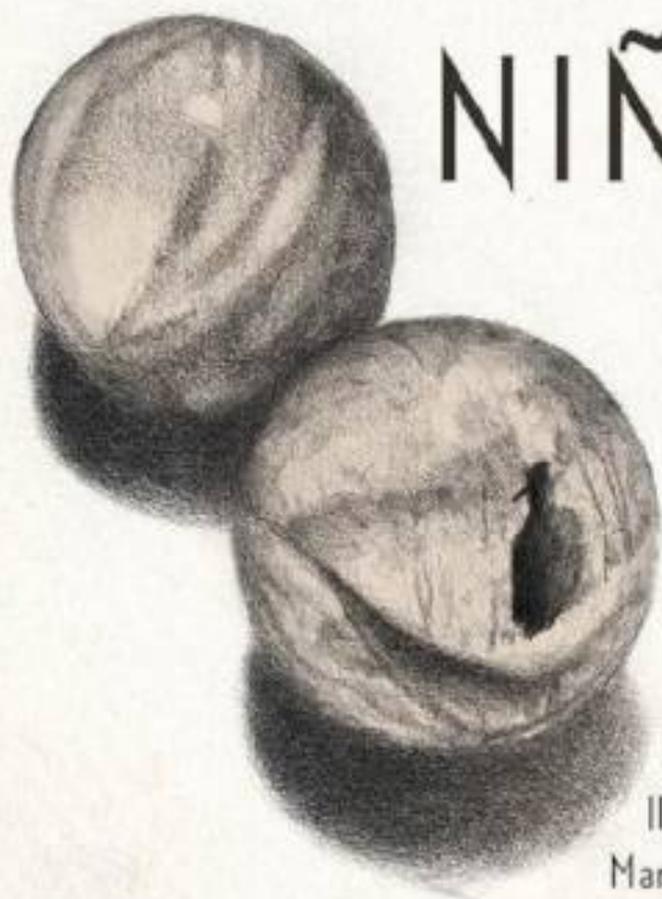


Antonio Muñoz Molina

EL
MIEDO
DE LOS
NIÑOS



Ilustraciones de
María Rosa Aránega

«El miedo de los niños» está ambientada en un tiempo en que los chiquillos pasaban gran parte de su vida en la calle, jugando, contándose historias en voz baja. Una de ellas es la leyenda de los tísicos: hombres con batas blancas que vienen de sanatorios secretos de la Sierra a robar sangre a los niños. Bernardo y Esteban comparten entre juegos y paseos por el pueblo la excitación ante el temor de sus propios cuentos, confundiendo al hacerlo las señales de una amenaza real.

Esta narración surge de la semilla de un miedo infantil que a lo largo de los años ha germinado en la imaginación de Antonio Muñoz Molina hasta brotar con la urgente perfección de una epifanía. El placer de las historias de miedo inventadas en la infancia y la sospecha de la presencia de un adulto cruel están magníficamente representados en el juego de luces y sombras de las sobrecogedoras ilustraciones de Maria Rosa Aránega.

Fue su primo Bernardo quien le dijo a Esteban que habían vuelto los tísicos. Estaban sentados en el pupitre que compartían siempre, por la tarde, cuando ya anochecía, después del rosario, en la hora de las permanencias, cuando don Florentín daba la orden de quedarse callados y ponerse a repasar o a terminar los deberes para el día siguiente. La hora de las permanencias era de estudio en silencio. En los ventanales que daban a los campos de deportes y los patios de juegos ya casi borrados por la noche se reflejaba idéntica el aula con sus hileras de pupitres y sus luces fluorescentes. Bernardo escribía con la cabeza inclinada y muy cerca del papel, apoyándose en el codo como en una almohada, pinzando el lápiz entre el pulgar y el índice, con aquella especie de intensidad táctil que había siempre en sus dedos. En esa posición, y mientras el lápiz rozaba la hoja de la libreta, Bernardo le habló a su primo Esteban al oído, muy bajo para no alertar a don Florentín, respirando fuerte por la nariz, como siempre que se ponía muy nervioso al contar algo. Durante el recreo un niño de un curso superior se lo había dicho, lo había visto con sus propios ojos: en la calle Pastores o en la calle Narváez ese niño pasaba por la acera junto a una furgoneta grande que estaba parada con el motor en marcha y el conductor, hablando con un acento forastero, le había preguntado algo, si sabía por dónde se iba a la Fundición. El niño iba a contestarle cuando vio que detrás del hombre, en la cabina de la furgoneta, había una botella de cristal tan grande como una cántara de leche que estaba llena de sangre. La sangre era muy roja, y tenía espuma en lo alto, dijo Bernardo, como la leche cuando está recién ordeñada.

—Y además el conductor llevaba una bata blanca y uno de esos espejos redondos que se atan los médicos a la frente con una goma.

—Pues sería un médico —murmuró Esteban en el oído de su primo.

—Era un tísico —dijo Bernardo—. Estaba muy pálido. Y sacó la mano por la ventanilla y agarró a ese niño por el cuello del mandil. Él echó a correr y el tísico se quedó con el cuello en la mano. Ahora cuando salgamos te llevo a que hables con ese niño y verás que no lleva puesto el cuello.

Bernardo estaba siempre dando detalles y ofreciendo pruebas y testimonios de las cosas que contaba: él mismo y Esteban habían visto un coche de los tísicos el año anterior, por esa misma época, cuando hacía frío por la tarde y empezaba a anochecer mucho antes, cuando en la hora de las permanencias las luces blancas del aula ya tenían que estar encendidas. El coche estaba parado en la esquina de una de las calles cercanas a la escuela que iban a terminar en el campo. En la escuela, durante todo el día, en los corrillos del recreo y luego en el aula, en esos minutos en los que todo el mundo estaba ya en su pupitre y don Florentín aún no había llegado, se habían estado contando novedades sobre la llegada de los tísicos. Los tísicos venían de sanatorios en la Sierra en los que necesitaban transfusiones de sangre fresca para curarse y hasta para mantenerse vivos. Eran sanatorios secretos, en los que solo admitían a gente de muchísimo dinero, y en los que trabajaban médicos y enfermeros que recorrían toda la provincia en sus camionetas o sus coches camuflados buscando sangre de manera incesante. También había mujeres tísicas, y esas eran las más peligrosas, porque los niños confiaban más fácilmente en ellas. Mujeres con las caras muy blancas, decía Bernardo con una vehemencia que resaltaba su propia palidez, con los labios pintados de un rojo muy fuerte, a veces vestidas de negro, como de luto, con velos de ir a misa sobre los ojos, con uñas muy rojas en las manos que abrían los bol-

sos y sacaban de ellos caramelos o bombones o lápices de colores para ofrecérselos a los niños incautos, los niños que habrían desconfiado de un hombre.

De pronto todo el mundo recordaba algo, o caía en la cuenta de que había visto algo, detalles enigmáticos que ahora cobraban sentido, y que daban un escalofrío de miedo y también de gusto en la nuca, sobre todo cuando los contaba alguien que lo había visto con sus propios ojos, o, con mucha mayor frecuencia, que se lo había escuchado a alguien que lo había visto. A la puerta del mercado de abastos el guarda de noche había visto un gran saco abandonado, probablemente olvidado por algún hortelano. Parecía un saco lleno de coliflores, por los bultos que formaban en la tela, pero al abrirlo el guarda vio que lo que contenía eran cabezas cortadas de niños. Las cabezas no chorreaban sangre porque los tísicos la habían extraído toda antes de cortarlas. Del hospital de Santiago habían desaparecido de la noche a la mañana varias damajuanas llenas de sangre para las transfusiones, y los enfermos que habrían debido recibirlas ahora agonizaban sin esperanza. Un niño de otra escuela pasaba cerca de la iglesia de Santa María a la hora del final de la última misa y una mujer con un velo le había dicho que se acercara para ayudarle a buscar un broche que se le había caído en las losas del claustro. El niño entró y la puerta se cerró tras él y a la mañana siguiente lo encontraron muerto y sin sangre en un trastero de la sacristía donde el párroco guardaba muebles y cuadros viejos.

En esa época aún circulaban muy pocos coches por las calles. La mayor parte eran viejos y negros. Un coche desconocido, parado en una acera o en una plazuela, más allá de cualquiera de las esquinas que terminaban de noche en la oscuridad y en el campo, llamaba siempre la atención. En el barrio del Alcázar, justo encima de la muralla, donde la mayor parte de los niños no iban a la escuela y tenían sarna o tiña en las cabezas rapadas, un grupo de los más revoltos-

sos habían decidido forzar la cerradura del remolque de una furgoneta dejada allí por algún forastero incauto. ¿Y sabes lo que encontraron? —le dijo a Esteban su primo Bernardo—: una fila de cinco niños que parecían dormidos, uno al lado del otro, los cinco con los ojos abiertos, los cinco muertos y con la sangre chupada, y frente a ellos, a lo largo de los tablones del remolque, cinco garrafas de cristal llenas de sangre, con etiquetas, con los nombres de cada uno de los tísicos que aguardaban en un sanatorio de la Sierra para beberse esa sangre.

—Y acuérdate del coche que vimos nosotros el año pasado —dijo Bernardo, ya enredado en su propia madeja de historias.

—Pero no vimos nada dentro. Nos asomamos a la ventanilla y no había nada.

—Me asomé yo, primo, a ti te daba miedo.

A Esteban le daba miedo acordarse ahora. Habían salido de la escuela y ya era noche cerrada y hacía frío. Al abrirse las grandes verjas de la escuela la multitud de niños que acababan de romper filas estallaba en un clamor de carreras y gritos, inundando las calles contiguas con el azul marino de sus mandiles de uniforme, con las manchas blancas de los cuellos y los puños postizos. Corrían en bandadas, jugaban al fútbol con cualquier cosa, con bidones de plástico o con bolas de trapos, echaban carreras para alejarse de la escuela lo más pronto posible, se daban codazos o sardinetas y se perseguían jugando a que galopaban por las praderas del Oeste, cada jinete imaginario azotándose el culo como si fuera la grupa del caballo. A Esteban le daba envidia aquel barullo pero no podía unirse a él. Cada día iba a la escuela y volvía de ella con su primo Bernardo, que andaba muy despacio porque llevaba en la pierna izquierda un aparato ortopédico sujeto con tornillos a una bota de suela gruesa. La cara de Bernardo era redonda y su pierna derecha robusta y rolliza, pero la izquierda era como

un palo quebradizo y muy pálido entre las dos barras metálicas que la entablillaban.

La madre de Esteban decía que a Bernardo cuando era muy chico le había dado un parálisis. A Bernardo la palabra parálisis no le gustaba: él lo que había tenido era la polio. Algunas veces apretaba los párpados con el esfuerzo de acordarse bien de una palabra muy larga y tomaba aire por la nariz antes de repetir una por una y sin equivocarse todas las sílabas: poliomielitis. No sin satisfacción Bernardo aseguraba que poliomielitis es una de las palabras más largas que existen. Quizás por el entrenamiento de repetirla era el único de toda la clase que decía de una sola vez y sin tropiezo el nombre de aquel rey de la Historia Sagrada: Nabucodonosor. Arrastraba sin quejarse su pierna enferma y especulaba sobre los progresos médicos que en un futuro no muy cercano pero tampoco desoladoramente remoto le permitirían librarse de aquella prótesis y correr y jugar como todo el mundo: «Primo —decía, haciendo cuentas con los dedos—, el año que viene no; el siguiente, tampoco; el siguiente, tampoco; el siguiente, tampoco; el siguiente, me hacen otra operación y me quitan los hierros».

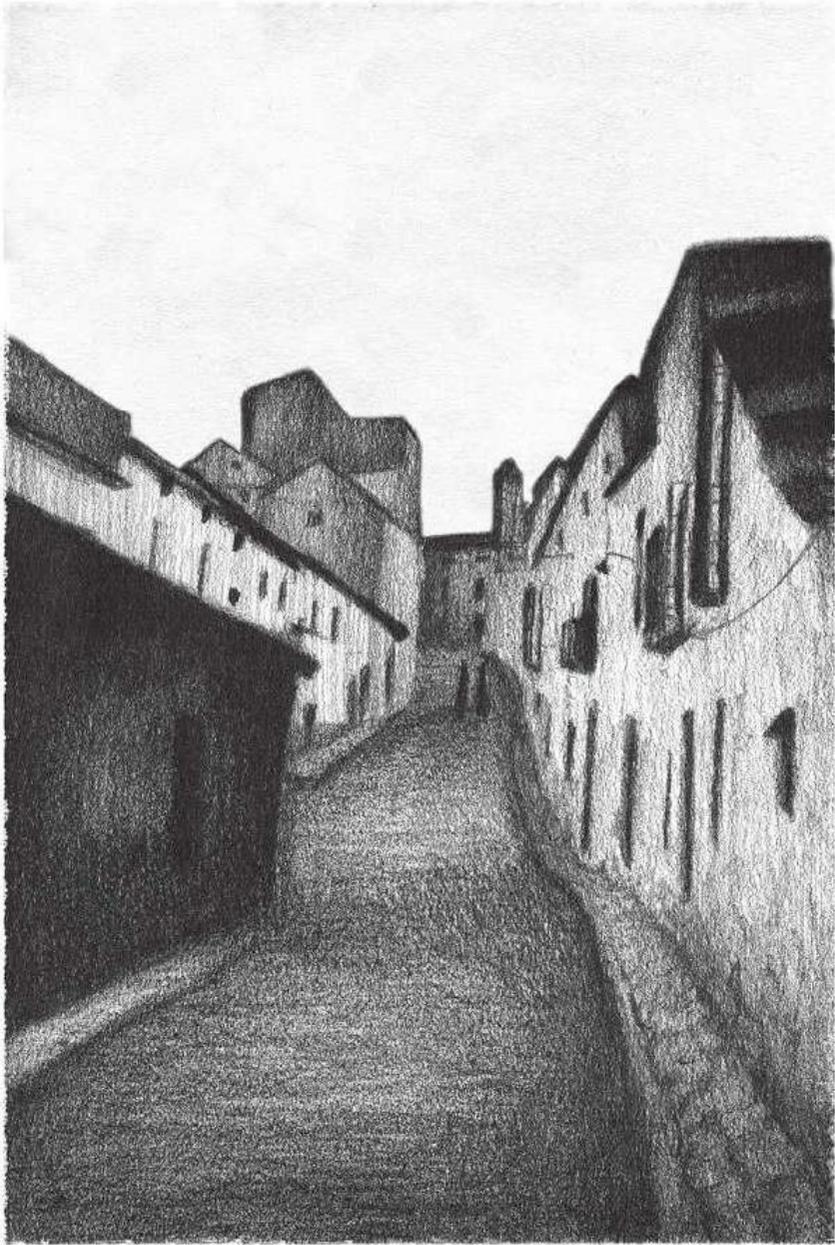
Bajaban todos los alumnos en filas a la hora de salida por los patios de recreo y la zona de los talleres, vigilados por los maestros, y Esteban y Bernardo siempre iban juntos, al final de todo, porque Bernardo andaba dando cojeadas, la pierna izquierda tiesa con su gran zapato y aquel ruido de hierros, ágil a pesar de su dificultad, solo que algo más lento, con la cartera a la espalda, concentrado en sus movimientos, quejoso en seguida si Esteban lo dejaba atrás. Y cuando las filas paralelas llegaban a la verja que acababa de abrirse y el orden quedaba desbaratado en aquella inundación de mandiles azules y cuellos y puños blancos, los únicos que no se alejaban a toda velocidad de la escuela eran ellos dos, los dos primos segundos, Bernardo atento al esfuerzo de dar un paso y luego otro, con aquel ruido de hebillas y articulaciones metálicas, y Esteban

caminando a su lado y mirando con algo de envidia a los otros, los que corrían y se empujaban, los que perseguían una pelota o se derribaban contra el suelo. Algo de envidia, pero no mucha en realidad, porque no era de los más audaces ni de los más rápidos; impaciencia más bien, porque en cuanto sin darse cuenta aceleraba un poco el paso, Bernardo, mandón a su manera, lo llamaba para no quedarse rezagado.

—Primo, nosotros a pasico muerto.

Porque iban más despacio que los otros se quedaban solos en la plazoleta delante de la escuela y volvían a casa por calles vacías de niños, en las que tampoco había mucha más gente cuando a la hora de salida ya era de noche. Esa vez que a Esteban le daba tanto miedo recordar hacía ya varios días que circulaban de nuevo las historias de los tísicos, que quizás regresaban estacionalmente, con las noches adelantadas de mediados de octubre, como regresaban los villancicos en vísperas de Navidad, los juegos de tambores y trompetas para Semana Santa, los cromos de futbolistas un poco antes del comienzo de la Liga. Esteban y Bernardo caminaban por la calle recta y larga que terminaba al fondo en el cuartel, la Dieciocho de Julio, callados, Bernardo con la cabeza baja y concentrado en lo suyo, Esteban procurando no avivar el paso y dejarlo atrás, no mirar tampoco a las bocas de los callejones laterales, más allá de los cuales estaba el campo. Tenía ganas de llegar a su casa, soltar la cartera y merendar un hoyo de pan y aceite escuchando la radio, la novela que daban todas las tardes a las siete. Por culpa de la lentitud de Bernardo se la perdía casi siempre. También le daba miedo ir por aquel barrio desolado de casas bajas y calles muy anchas con el suelo de tierra, más ahora, con aquellos cuentos de tísicos que contaba todo el mundo, y que él mismo repetía, agregando detalles que le daban más miedo aunque era consciente de que los

estaba inventando. Por la mañana, cuando iba con Bernardo a la escuela, tan despacio que sus madres los levantaban antes que a los demás para asegurarse de que no llegaban tarde, había mujeres barriendo las puertas y charlando, llenando cántaros de agua en la fuente pública; pasaban rebaños de cabras y de vacas; salía ruido de los pequeños talleres; se oía el fragor de la fundición, con sus ruidos de cadenas, golpes de martillos, planchas metálicas chocando. Por la noche no había casi nadie. El silencio se hacía más poderoso cuando se extinguían alejándose las voces de los centenares de niños que acababan de salir de la escuela. Esa vez Esteban tuvo más que nunca la seguridad de haber visto un coche de los tísicos.



—Mira, primo —dijo Bernardo, que se había quedado un poco atrás.

Estaba parado en la esquina de un callejón en el que no había ninguna puerta o ventana, solo un largo muro encalado que se disolvía al final en la negrura del campo. Y junto al muro había un coche, grande, con los faros encendidos, aunque el motor no estaba en marcha, con el interior iluminado, aunque no se veía a nadie.

- Venga —dijo Esteban—. Vámonos, que es tarde.
- Ayer también estaba ese coche en el mismo sitio.
- Pero si no hay nadie dentro.
- ¿Y por qué tiene las luces encendidas?
- Se le habrá olvidado apagarlas al chófer.
- Vete tú, si no te atreves. Yo voy a acercarme.

Su madre y su padre y la madre de Bernardo le decían siempre lo mismo: no podía dejar solo a su primo. Porque tenía parálisis y no podía defenderse, él, Esteban, aunque unos meses más chico, era el encargado de acompañarlo y de protegerlo. Pero Esteban sabía que Bernardo, en el fondo, era más valiente que él, mucho menos temeroso ante los chicos mayores, de los que más de una vez lo había defendido, a pesar del parálisis. Haciendo molinillo con la pierna tiesa y la bota ortopédica había inventado una forma de dar tremendas patadas en el culo. Y su puntería con el tirachinas y en el juego de las canicas le conferían una autoridad inaccesible para Esteban, que los adultos no sospechaban. Eso por no hablar de su talento para hechizarlos a todos contando cosas que decía haber visto en películas o leído en libros o tebeos y que Esteban tenía la seguridad de que iba inventando mientras las relataba, tomando aire por la nariz y bajando la voz para que los demás se le acercaran más, con un brillo ligeramente sudoroso en el labio superior.

Ahora, en el callejón, era el primo Bernardo quien iba por delante, su figura torcida y desmedrada perfilándose entre los dos faros encendidos del coche. Esteban lo siguió con un esfuerzo de pundonor que le debilitaba las rodillas. ¿Y si veían cabezas cortadas, o bidones de sangre, o alguna

de aquellas jeringas de practicante tan grandes como rodillos de amasar con las que los tísicos extraían la sangre? Era verdad que fue Bernardo quien se asomó. De modo que Esteban no tenía la seguridad de que fuera cierto lo que contó luego que había visto, lo que él no tuvo más remedio que decir que había visto también, un sombrero negro en el asiento de atrás, un mapa, un maletín: el sombrero negro que según Bernardo se ponían siempre los tísicos bien calado para que no se les vieran los ojos, uno de los mapas que usaban para encontrar las carreteras que los llevaban a los pueblos en los que robaban la sangre, el maletín donde guardaban su instrumental, un estuche alargado y brillante de lata como los que llevaban los practicantes.

Alguien se acercaba, doblando la misma esquina por la que habían venido ellos. «Primo, espérame», dijo Bernardo. Respiraba fuerte por la nariz y se oía el ruido del aparato ortopédico. Pero le bastó cruzar al otro lado del callejón para que la luz del coche ya no los alcanzara. Oyeron pasos, una voz de hombre que decía algo, luego la puerta del coche que se abría. Esteban quería huir pero con Bernardo a la zaga era como cuando uno intenta correr y no puede en un sueño. También podía ser que el coche perteneciera a un médico que había visitado a un enfermo grave y con la prisa de llegar antes se había olvidado de apagar las luces.

De pronto estaban perdidos. Esquinas en apariencia familiares desembocaban en plazoletas que ellos no conocían. Avanzaban hasta el final de una calle creyendo que iban en dirección a casa y se encontraban en el límite del campo. Con remordimiento se tomaron de la mano al oír en la calle silenciosa el motor de un coche que se les acercaba por detrás. Aunque hacía frío a los dos les sudaban las palmas, las anchas yemas de los dedos de Bernardo adheridas a la mano de su primo. Y ese ruido de los hierros siempre al lado de Esteban, los golpes de mazo de la bota ortopédica. Si aparecía el coche de los tísicos no habría salvación para ninguno de los dos.

Bajaron una cuesta. Llegaron a un gran espacio abierto. El motor del coche se acercaba más pero ellos, tomados de la mano, apresuraban el paso sin volverse. En algún momento el ruido del motor dejó de oírse. Se veía muy al fondo un parpadeo de luces encendidas. Fue un ruido de agua subterráneo pero muy cercano, muy caudaloso, lo que les permitió de golpe saber con incredulidad dónde estaban: junto al terraplén del vertedero, donde desembocaba el colector al que los niños llamaban La Tragona, al final de la calle en la que vivían los dos, puerta con puerta, desde que tenían memoria, la Fuente de las Risas. Luego Bernardo contó muchas veces esa historia, con todos sus detalles escalofriantes que mejoraban en cada narración (en algún momento junto al sombrero negro, el maletín y el mapa hubo también la funda de cuero de una pistola), pero los dos omitieron siempre que se habían cogido de la mano.

En realidad eran primos segundos. Primos hermanos eran sus padres. Ser solo primos segundos les producía cierta tristeza a los dos, como de no ser algo plenamente. El padre de Bernardo tenía vacas en su casa y vendía leche y el padre de Esteban trabajaba en el horno de pan que había en lo más alto de la calle, la Panificadora, a la que llamaban la Pani. En una caja de lata llena de fotos de gente antigua que a Esteban no le decían nada había una en la que su padre y el de Bernardo estaban en la mili, el brazo del uno sobre los hombros del otro, con uniformes mal abotonados, con gorros cuarteleros en la nuca, riéndose delante de un bardal de la granja del cuartel, casi desconocidos, porque eran muy jóvenes y los dos llevaban bigote. El padre de Bernardo olía a vaca y a leche agria y el padre de Esteban a harina y al pan caliente que repartía por las casas, en dos canastas de mimbre tapadas con un lienzo blanco y encajadas a cada lado del gran serón de un burro. Los días que

no había escuela Esteban acompañaba a su padre en el itinerario de la venta del pan. Se quedaba sujetando al burro por la brida mientras su padre llamaba a una casa para hacer una entrega. Algunas veces el olor del pan le daba tanta hambre que introducía una mano bajo los lienzos que cubrían las cestas y cortaba un pico succulento del que procuraba que no quedara rastro de miga cuando su padre volvía. Se atragantaba de engullir tan rápido y su padre hacía como que no se daba cuenta, como que no había visto las migas o los trozos de corteza en la pechera del mandil de Esteban.

Cada mañana temprano la madre de Bernardo llevaba a casa de Esteban una jarra de latón colmada de leche. Otras veces se adelantaba la madre de Esteban, o era él mismo quien llevaba a casa de su primo un pan ancho y caliente con la corteza espolvoreada de harina que se le quedaba luego en las yemas de los dedos. Las dos casas estaban en ese rellano que forma casi una plazuela hacia la mitad de la calle, donde se tendían farolillos y banderolas de papel la noche de la fiesta de la Virgen de agosto. El padre de Esteban traía de la Pani una escalera muy alta y la apoyaba contra la pared para llegar a la hornacina de la Virgen y adornarla con ramos de flores. A Esteban entrar en casa de su primo le daba aprensión y un poco de lástima, porque en el portal empedrado, por mucho que la madre barría, quedaba siempre una costra resbaladiza de mierda y de meados de vaca, y el olor a leche agria lo llenaba todo. La madre de Bernardo iba muchas veces despeinada, a diferencia de la suya, y para ayudarle a su marido a ordeñar o limpiar las vacas o para barrer la puerta se ponía unas botas viejas de hombre sin cordones. Lo que admiraba Esteban del padre de Bernardo era que sabía silbar como él no había visto que silbara nadie, unas veces muy fuerte, para gobernar a las vacas, poniéndose los dos pulgares en la boca, y otras con un timbre muy agudo, que atravesaba la calle entera, para llamar a su hijo a la hora de la cena. Decía que

a cada animal había que silbarle de una manera distinta, y que una cabra o un perro, por ejemplo, no entienden el silbido que sí obedece una vaca. Y lo que no estaba bien era silbar lo mismo a los animales que a las personas. Podían estar jugando Esteban y él junto al terraplén del vertedero, o en el extremo más alto de la cuesta de la calle, cerca de la fuente y del portal de la Panificadora, y el silbido llegaba con perfecta nitidez, aunque su efecto no fuera inmediato, sobre todo si Bernardo estaba enfangado en un juego de canicas y ganando, desplumando a los otros, como les gustaba decir a él y a Esteban desde que oyeron ese uso del verbo desplumar en una película del Oeste. A los demás niños los llamaban sus madres a voces. El silbido que reclamaba a Bernardo era único, largo, perfecto, modulado. Luego se hacía más breve, más terminante y agudo, como un toque de corneta, porque Bernardo seguía atento al juego, disparando un nuevo tiro mortífero, guardándose algunas estampas más en un fajo apretado con una goma o algunas canicas de cristal en el bolsillo. Contaba los cromos que iba ganando tan velozmente como el cajero de un banco cuenta billetes, humedeciéndose de vez en cuando la yema del pulgar. Ya casi era de noche y empezaba a levantarse frío de la tierra y las canicas apenas se podían distinguir y Bernardo no se cansaba de jugar. Después de un plazo de unos minutos venía el último silbido inapelable. Bernardo se levantaba de la tierra, apoyándose con las dos manos, guardaba en el bolsillo sus canicas, los fajos de estampas de futbolistas o toreros o películas que había ganado, y se apresuraba hacia su casa haciendo molinetes con la pierna tiesa. Esteban le llevaba la cuenta de las estampas y las canicas ganadas, que hinchaban su bolsillo como talegas de monedas y resonaban al mismo ritmo de su paso, mezclando su sonido con el de los hierros ortopédicos.